

cierto clima  
e parte de la  
mpaña en ir  
uede acom-  
La frase-  
el famoso  
cto, de Ra-  
responsabi-  
uculenta en-  
su madre, lo  
eneno en la  
ciones avan-  
a ley, de sus  
n embargo,  
del instinto,  
las edades  
a, en come-  
efecto; pero  
sido el sacri-  
partir á Amé-  
con igual in-  
herofina, se  
á la soledad  
atural se ha

evada al ex-  
ni aun tra-  
un parric-  
ica de una  
a á sus ulti-  
on violenta  
acta, no pu-  
a exactitud  
psicología,  
sobre todo  
móvil ma-  
Con todo  
verdadera.  
servado de  
nietos, pre-  
paro á los  
probable-  
flambeau.  
na genera-  
da á la es-  
a anterior  
lo.

Hervieu y,  
izás, entre  
tanta com-  
que hace  
rlo pronto  
a familia,  
maestros  
dominan el  
exatitud:  
no ha re-  
nétiér. Co-  
anejando  
s. Y si no,  
el Dédalo.  
igo yo, —  
mas hijo  
refiere es-  
legal del  
pasión, en  
las fluc-  
teóricos  
leyes, y  
como La  
ente, que  
nda. Du-  
vieu á la  
os de un  
en la co-  
las altas  
e inspirar

y La mu-  
mero, y,  
cambian  
un país,  
mplicada  
ocas que  
estímulo  
ar al rey  
démoma,  
na pala-  
obra de  
descen-  
!

AZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cervantes es de actualidad, se prepara su Centenario, y cuanto se refiere al padre del habla española (nótese que digo al padre, no al abuelo, porque, antes de Cervantes, contó el habla con abuelos muy ilustres) tiene que revestir interés.

He aquí por qué no juzgo inoportuno incluir entre los asuntos que afectan á la vida contemporánea, la aparición de un libro que se titula *Psicología de las novelas ejemplares del sin par Cervantes*, y cuyo autor es D. Baldomero Villegas, persona á quien conozco desde muchos años hace, y á quien estimo, considerando hombre de ilustración y de notoria competencia, dada su continua lección de las obras del Manco Insigne. Un espíritu tan enamorado de Cervantes, además debe de ostentar cultura, humanidad y rectitud.

No hay entre el Sr. Villegas y yo más que una valla; eso sí, lo bastante alta para separar totalmente nuestro criterio sobre lo divino y lo humano; y es que el Sr. Villegas posee una fe que á mí me falta por completo. El cree seriamente en las revelaciones de los mediums y los espíritus; para decirlo pronto, él es algo espiritista; y yo lamento que esta convicción me sea imposible de adquirir, pues bien que me gustaría evocar, por ejemplo, el espíritu de Hernán Cortés, para que me sacase de dudas respecto á algunos puntos de su historia que acaso no sea posible ilustrar documentalmente. En fin, y vengan ó no vengan (esto último me parece lo más cierto), los espíritus á entenderse con nosotros, ello es que el Sr. Villegas, á quien juzgo sincero é incapaz de prestarse voluntariamente á farsa alguna, nos enteró de que un amigo suyo arquitecto, el Sr. Navarro, le informó en Zaragoza, el año 1889, de que un carpintero sonámbulo y que nunca había leído *El Quijote*, lo interpretaba, en estado sonámbulo, de una manera sorprendente. Como que el bueno del sonámbulo explicaba cuál había sido la intención noble, generosa y patriótica de Cervantes al componer su libro. Lo malo fué que, entre explicación y explicación, el carpintero se perturbó, su excitación nerviosa llegó á alarmar á cuantos le consultaban y hubo que suspender el curso de cervantismo.

En cuanto al Sr. Villegas, él nos dice que, habiendo leído un libro, donde la doctrina del carpintero se exponía, y releído el *Quijote* se puso su espíritu al tono en que estaba Cervantes cuando lo escribió, y como por transmisión de ondas hertzianas, tuvo la clave del sistema político-filosófico-social encerrado por Cervantes en él, á fin de reformar la sociedad de una manera anagógica. Me sirvo de las propias palabras del Sr. Villegas, que es el modo de no traicionar su pensamiento. La opinión del Sr. Villegas es que tal reforma de la sociedad, oculta por Cervantes en las páginas del *Quijote*, sería la salvación, no sólo aplicándola al siglo XVII, sino también á los problemas actuales.

Bajo el influjo de esta comunicación, escribió el Sr. Villegas un libro, que hace tiempo he leído, y se titula *Estudio topológico del Quijote*. Creo recordar que entonces y siempre manifesté al autor mis dudas, mejor dicho, mi escepticismo respecto á las intenciones reformadoras y proféticas de Cervantes. Hoy no se trata de aquel libro, sino de otro nuevo, y voy á proceder con la misma lisura y franqueza, á la vez

que con idéntica tolerancia, pues esta virtud no se ejercita abdicando nuestro raciocinio y pensando por cuenta ajena, sino empleando, al manifestar el propio criterio, formas respetuosas.

Desde luego, leyendo el prólogo del libro de que trato, se ve que el autor está dolido, no sólo de las faltas de consideración intelectual que con su primer obra se cometieron, sino del estado general de nuestra patria. Y en esto, no he de negar que lleva alguna razón, porque tampoco nuestra patria se encuentra como yo desearía. Quizás los males que Villegas deplora no son los mismos que yo pudiera deplorar, ó al menos no lo son todos, pero en que hay mal en la aldehuela..., conformes.

Llegando, no obstante, á precisar las causas de este mal de España en la edad presente, el Sr. Villegas echa la culpa á que continuamos siendo los mismos que en tiempo de Cervantes; que nada hemos variado, y no sólo no existe aquí libertad de conciencia, sino que nos domina la más negra y feroz intolerancia.

Aquí empiezan mis reparos, pues amén de que creo que hemos cambiado bastante desde el siglo XVII, considero que la intolerancia en materias religiosas, tan detestada por el Sr. Villegas, fué muy general en todas partes, y se manifestó en las sangrientas y crueles guerras de religión en diversos países de Europa, y en los suplicios que se aplicaron en Inglaterra, Francia, Holanda (la Holanda contraria á nuestra dominación) y Suiza, donde Calvino quemó con leña verde á Servet. En la actualidad, en España, la intolerancia ha girado sobre su eje, y los más intolerantes son los más avanzados, lo cual prueba que esto será, en todo caso, forma de nuestra psicología, y no influjo religioso. No sé de ningún protestante, de ningún judío, de ningún pensador, que sufra hoy persecución por sus ideas. Aquí se habla y se escribe y estoy por decir que se hace cuanto se quiere. Vidart, muy amigo de Villegas y mío también, creía que esto era una inferioridad; que la intransigencia es hija legítima de la convicción. Sea ó no inferioridad, transigentes somos. Yo recordaba á Villegas que la madre de la reina misma, en Palacio, cumple los ritos de su creencia protestante, sin que nadie lo encuentre malo, ni se escandalice.

Pero, aparte de tal discusión, queda por averiguar la relación que guarda con las ideas esotéricas de Cervantes, y cómo Cervantes pudo presentir nuestro desarrollo histórico actual.

No creo que sea el Sr. Villegas el primero que ha encontrado en Cervantes un sentido recóndito, una profunda intención. Apoyándose principalmente en los pasajes del «cuerpo muerto», en el encuentro nocturno con la Iglesia, y en algún otro, varios cervantistas supusieron en el autor del *Quijote* una protesta contra el estado social de su país, contra el poder del clero y de la nobleza. Yo, por mi parte, no lo afirmaría; diversos pasajes atestiguan lo contrario; y Cervantes había viajado tanto, que, en aquella época, mal pudiera presentar á su patria como ejemplo de nación decayda, pues distaba de serlo, siquiera declinase su poderío ya. Cree, sin embargo, el Sr. Villegas que las *Novelas Ejemplares*, publicadas entre las dos partes del *Quijote*, son algo como la serie de los *Rougon Macquart* de Zola; un cuadro total de la corrupción y rebajamiento nacionales. Por más que hago, no discierno en Cervantes tal propósito, sino la fidelidad de su retina, al retratar con profundo realismo las costumbres, los tipos y la vida de su tiempo, á lo Velázquez.

Sin género de duda, en toda obra genial por excelencia, como es la de Cervantes, suele descubrirse cada cual el sentido que busca y frases en armonía con sus secretos anhelos. Hay libros que, ábranse por la página que sea, responden. En la Biblia, en la *Imitación*, en Shakespeare, hay para todos los gustos, y lo propio dicen los árabes de su Korán. En cuanto á rasgos que parecen anunciar y prever descubrimientos futuros, los encontraremos en muchos grandes autores, empezando por Séneca, que predecía el descubrimiento de América, y siguiendo por el Dante, que anunció la teoría de la termodinámica y demostró conocer las constelaciones del hemisferio Sur. No quiero, pues, negar que en Cervantes existan intuiciones verdaderamente asombrosas, ni que su condición mental y su literatura, sean algo muy comprensivo y progresivo, y que sus máximas contengan doctrina.

Mucho va de esto á convenir en que el autor del *Quijote*, enmascarándose y embozándose, escribiese, como entiende el Sr. Villegas, contra el Pontificado romano, contra la monarquía y contra el estado social de su época, con vistas al siglo XX además.

Se alega que Cervantes no podía exponer explícitamente su pensamiento, por temor á la censura, á las persecuciones, á los poderes, etc. Queriendo, como quiere Villegas, agigantar la figura de Cervan-

tes, resulta que así la empequeñece mucho. O Cervantes aspiraba, en efecto, á reformar, ó no. Si aspiraba, fué un tanto cobarde al envolver sus planes de reforma de creencias é instituciones en velos, tan densos y tupidos, que no puede descorderlos la crítica histórica, y se necesitan el sonambulismo y las ondas hertzianas para disipar la bruma. Apocamiento censurable y no creíble sería éste en el soldado de Lepanto, en el cautivo de Argel. No procedió así Quevedo, satírico bastante más amargo y crudo que Cervantes. Quevedo arrostró lo que viniese, y dijo las del barquero al privado y al monarca, deplorando con intensidad enérgica la decadencia del «cuerpo enfermo» y exclamando: «¡Grande eres, Filipo, como el hoyo, que cuanto más le quitan, más grande es!»

Si nos atenemos á lo que Villegas piensa encontrar en las *Novelas Ejemplares*, la Gitanilla no es la salada muchacha bailadora, sino una alegoría de la libertad; D. Juan de Cárcamo representa el absolutismo tradicionalista, y, al irse tras Preciosa, es que el absolutismo se identifica con la libertad; los razonamientos que pasaban los dos amantes, no son plática de amor, son el sistema liberal opuesto al autoritario.

Por lo tanto, entiende Villegas que la Gitanilla encierra una enseñanza trascendentalísima en el orden político-filosófico-social, que debe servir de rumbo á estadistas y sociólogos, para bien de la humanidad y de la patria.

En cuanto al *Amante Liberal*, le parece una sátira muy sutil contra el Pontificado romano y una excitación á sacudir su tutela; *Rinconete y Cortadillo*, otra contra la sociedad en general, y en particular contra la administración de justicia; *La Española Inglesa*, un panegrico de la libertad de conciencia y de Isabel Tódor, en cuyos reinos entiende Villegas que se practicaba ampliamente tal virtud, á pesar de que la protestante madre del conde Arnesto, para excusarse de envenenar á la católica Isabela, alega que lo hace «por quitar de enmedio á una que profesa otra religión, lo cual es sacrificio al cielo.» Y así sucesivamente, *El Licenciado Vidriera* es un regenerador, el caso de violencia que da asunto á *La Fuera de la Sangre* una demostración de que estamos intoxicados por la Iglesia católica-romana, y un alegato contra el matrimonio según el Concilio de Trento, y *El Celoso Extremeño* una diatriba contra la esclavitud, *El Casamiento Engañoso* una crítica sañuda de los militares de entonces. No me alcanza el espacio de que dispongo para reseñar lo que en todas las *Novelas* rastrea su comentador, pero debo advertir que siendo Villegas un caballero muy verídico de fijo, tanto se ahinca en lo que, pues hablamos de Cervantes, llamaré «sus empecatadas caballerías» que, citando la segunda parte del *Quijote*, y recordando que Cervantes escribe que «por cuatro cosas es por lo único que se deben batir los pueblos, la primera por defender la fe católica» añade de su cosecha el comentador «que es como decir la fe universal, dado que católica es lo mismo que universal, y que es como decir, por la libertad de conciencia, puesto que la fe universal es el respeto á la fe de todas las creencias...»

No me he propuesto, no diré rebatir, pero ni aun examinar en todas sus partes el libro á que vengo refiriéndome. No soy, por otra parte, lo que se llama cervantista; es decir, no me he consagrado especialmente al estudio de la obra del Gran Manco. He desconfiado siempre de los cervantistas de profesión, como el que conocí en Esquivias y que encontraba significado arcano á las tinajas tobosescas, iguales á las que allí me enseñaron. Bueno y sano leer á Cervantes, pero, si la lectura no va acompañada de otras varias y fuertes, suele producir como una especie de embriaguez mental. Nada creo tan peligroso para la independencia del espíritu como una sola lectura. La triaca del libro, es el libro.

Leí á Cervantes y hasta me supe de memoria trozos del *Quijote*, en la niñez; y lo releo con deleite de cuando en cuando. Siempre he visto en él enseñanza, sátira, humorismo, estudio admirable de las costumbres, fondo filosófico natural, sin sujeción á métodos ni sistemas, sentido hondo, algo misterioso como el genio mismo en su esencia; pero lo propiamente esotérico, reservado para que lo interpreten los venideros siglos, confieso que no lo percibí; ni me convencerá el mismo sabio Alquife de que, cuando Cervantes escribe «Iglesia católica», hay que leer «libertad de conciencia.»

Ya ve el Sr. Villegas que no procedo con él descortésmente; que no hago caso omiso de su obra; que la trato con el debido miramiento. Y, á un hombre tan partidario, tan prendado de la libertad, no espero que ha de sentarle mal que libremente haya expuesto, mi parecer, modesto y sin andamiaje científico, sobre los delicados puntos de vista que presenta el libro.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.